



Oriol Farrés

Gestor de Proyectos, CIDOB

En 2001 –y tras dos candidaturas fallidas (1993 y 2000)– finalmente el Comité Olímpico Internacional (COI) decidió otorgar a Beijing la organización de los juegos de verano de 2008. El fallo respondió a diversos motivos. En primer lugar, un cambio en el ambiente internacional permitió pasar del criticismo a China (en materia de derechos humanos) a una visión favorable a su inserción (*engagement*), lo que también llevó a su entrada en la Organización Mundial del Comercio (OMC) a finales de 2001. Además del férreo compromiso gubernamental y del entusiasmo popular (muy superior al de sus rivales), Beijing contaba con un deslumbrante crecimiento económico al frente de los países emergentes. Así, desde esta perspectiva más estratégica, los juegos olímpicos podían –como ocurrió con Tokio (1964) y Seúl (1999)– *oficializar* la incorporación de una potencia económica asiática en el entramado internacional.

También existieron motivos internos al COI, como el favor de su entonces presidente Juan Antonio Samaranch y la consciencia de que China ganaba peso rápidamente en el medallero (de 32 medallas en su debut-regreso en Los Ángeles en 1984 pasó a 100 en 2008) y podía ser un mercado y un motor para el movimiento olímpico. Como siempre, y de modo paradójico, los juegos olímpicos reforzaron al mismo tiempo «lo internacional y lo nacional»: difundiendo en China los valores del olimpismo y la apertura hacia el exterior, pero al mismo tiempo, como celebración suprema del *Estado-nación*, en la que China podía ganar orgullo y la admiración internacional y paliar el trauma de su pasado de *humillación* frente a las potencias extranjeras. En palabras del primer ministro Wen Jiabao (2008), los Juegos eran una oportunidad para demostrar que China era «democrática, abierta, civilizada, amigable y armoniosa».

Tanto la inauguración como la clausura repasaron los fundamentos de la civilización china, pero pasaron de puntillas por su historia más reciente, liderada por el Partido Comunista. En su «momento de oro», China optó por seducir a una audiencia global de 4.700 millones de personas –la mayor de la historia de los juegos–, con un discurso narrativo y estético más pensado para el exterior que para el público

doméstico, que no profesa la devoción internacional por el director de la ceremonia, el cineasta Zhang Yimou.

Prioridades. Los preparativos tuvieron lugar en una década virtuosa para la economía China, con un crecimiento anual cercano al 10% y una recaudación vía impuestos en aumento que permitió una inversión potente sin endeudamiento posterior. Más allá de las espectaculares instalaciones deportivas, una parte significativa de los 40.000 millones de dólares de gasto total (14.000 en inversiones) se destinaron a infraestructuras: lo más destacado fue la nueva terminal internacional para el aeropuerto y la ampliación de la red de metro, crucial para paliar los atascos y la contaminación crónicos; también nuevas líneas de tren ligero y dos cinturones periféricos exteriores. Además, se invirtieron cerca de 3.600 millones de dólares en infraestructuras de tecnologías de la información y la comunicación. Otra prioridad fue reducir la contaminación ambiental, con un éxito moderado y temporal: se cerraron factorías contaminantes de la capital y las regiones colindantes. También se abrieron zonas verdes y se restringió el tráfico de vehículos a motor para las reducir emisiones.

Riesgos y fracasos. Desde el inicio, la preocupación de las autoridades fue evitar protestas violentas o masivas ante la audiencia global. Pero a pocos meses del inicio de los juegos (marzo), se registraron los disturbios más graves de la comunidad tibetana en dos décadas, que llevaron al despliegue de tropas y a centenares de detenciones, hasta que el Dalai Lama pidió el cese de la violencia. Las protestas pro tibetanas también acompañaron a la llama olímpica en lugares como París, San Francisco o Londres, donde sufrió diversos ataques que enfurecieron a la opinión pública china. El mismo mes, la tensa relación con Taiwán quedó suavizada con la llegada del Kuomintang al poder en Taipei, lo que liberó presión y permitió resolver discordias en base a la creatividad y al acuerdo de 1989 que establece la participación olímpica de ambas delegaciones. Otro tema candente en vísperas a la cita fue el controvertido apoyo de China a Sudán en el contexto del genocidio de Darfur, que llevó a Steven Spielberg a dimitir como asesor artístico de los juegos.

Además de la agenda política, los elementos naturales complicaron la realización de los juegos. En enero, tuvo lugar la nevada más intensa en décadas que afectó a 100 millones de personas. Pero la catástrofe más grave fue sin duda un terremoto en Sichuán, que, en mayo, causó 87.150 muertes, dejó a 4,8 millones personas sin hogar y generó pérdidas por valor de 200.000 millones de dólares. La catástrofe puso en una situación delicada al Gobierno chino, cuestionado por la calidad de las edificaciones que colapsaron (como escuelas donde, según cifras oficiales, murieron 5.000 alumnos). Si bien el tema hoy sigue siendo espinoso en China, lo cierto es que entonces despertó una ola de solidaridad internacional que, por motivos tristes, apaciguó la celebración de los juegos.

Los temidos boicots, por su parte, no se dieron a nivel nacional y 204 Comités Nacionales Olímpicos así como más de un centenar de representantes estatales (80 jefes de Estado) asistieron a la ceremonia de apertura, más que en ninguna edición anterior. Fue además la primera ocasión en que un presidente de Estados Unidos asistió a una ceremonia fuera de suelo norteamericano, abriendo una época relativamente amable en las relaciones bilaterales.

Beneficios. El gran dinamismo de la economía china previo a los juegos olímpicos y el estallido de la crisis financiera internacional justo después, hacen difícil aislar su rédito neto. Está claro que mejoró la conectividad de Beijing con el mundo, un aspecto en el que, a pesar de ser la capital, va por detrás de las metrópolis costeras como Shanghái o Hong Kong. Mejoró la movilidad urbana y la concienciación ambiental, que ha sobrevivido a los juegos y ahora apremia a las autoridades a prevenir los daños sobre la salud. También provocaron una subida generalizada de precios, que ha diversificado más los flujos de inmigración rural hacia otras ciudades secundarias. Donde no se registró el impacto esperado fue en el turismo, que no ha desarrollado su potencial debido al impacto inmediato de la crisis financiera global.

En definitiva, los juegos fueron un éxito de planificación y ejecución, pero no el punto de inflexión con respecto a la apertura política que algunos pronosticaban. Tampoco hicieron avanzar en la reconciliación de los conflictos étnicos, dado que las minorías étnicas estuvieron presentes en las ceremonias con una visión folklorista y, en muchos casos, interpretados por actores caracterizados. Más bien se enmarcaron en una estrategia de desarrollo y de diplomacia pública a largo plazo, que se proyectó hacia adelante con la Expo de Shanghái en 2010 y que ve cómo los juegos olímpicos de invierno regresarán a Beijing en 2020, convirtiéndola en la primera ciudad de la historia en acoger ambas citas. Si bien parece difícil que China obtenga un buen resultado en el medallero de invierno, los juegos servirán para seguir tejiendo la red de comunicaciones hacia las afueras de la capital, que aspira a ser otra metrópolis, moderna y global.

